



Ángel de Saavedra Rivas

El conde de Villamediana

Romance Primero
Los toros

Está en la Plaza Mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los días
de su rey Felipe Cuarto.

Éste ocupa, con la reina⁵
y los jefes de palacio,
el regio balcón vestido
de tapices y brocados.

En los otros, que hermocean
reposteros y damascos,¹⁰
los grandes, con sus señoras
y los nobles cortesanos,

ostentan soberbias galas,
terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros¹⁵
llenan los segundos altos,
y de fiesta gran gentío
los barandales y andamios,

jardín do a impulso del viento
ondean colores varios.20

Ante la Panadería,
del balcón del rey debajo,
y de espalda a la barrera,
en la arena del estadio,

la guardia tudésca en ala,25
parece un muro de paño
rojo y jalde, con cornisa
hecha de rostros humanos,

sobre la cual vuelan plumas
en lugar de jaramagos,30
y brillan las alabardas
heridas del sol de mayo;

los alguaciles de Corte
con sus varas en la mano,
a la jineta en rocines,35
están en fila a los lados.

El rey, la reina, los grandes,
las damas, los cortesanos,
los tudescos y alguaciles,
el inmenso pueblo y cuantos40

en la plaza están, los ojos
tornan de Toledo al arco,
por cuya barrera asoma
un caballero a caballo.

*

Vese en medio de la arena,45
furia y humo respirando,
los ojos como dos brasas,
los cuernos ensangrentados,
con la pezuña esparciendo
ardiente polvo, el más bravo50
retinto, a quien dio Jarama
hierba encantada en sus campos.

Aún no estrenó la almohadilla
de su cuello erguido y alto
hierro alguno ni ha embestido55
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas
y moribundos caballos
se ostenta como el guerrero
que se corona de lauro,60

entre rendidos pendones,
sobre muros derribados;
del genio del exterminio
parece emblema y retrato.

*

En un tordillo fogoso,65
de africana yegua parto,

que de alba espuma salpica
el pretal, el pecho y brazos;
que, desdeñoso, la tierra
hiere a compás con los cascós;70
que una purpúrea gualdrapa
con primorosos recamos,
de felpa y ante la silla,
en el testero un penacho,
la cabezada y rendaje75
de oro y seda roja, y lazos
en el codón y en las crines
soberbio ostenta y ufano,
a combatir con el toro
sale aquel señor gallardo,80
Viste una capa y ropilla
de terciopelo más blanco
que la nieve, de oro y perlas
trecillas y pasamanos;
las cuchilladas, aforros,85
vueltas y faja, de raso
carmesí; calzas de punto,
borceguíes datilados,
valona y puños de encaje;
esparcen reflejos claros90
en su pecho los rubíes
de la cruz de Santiago.
Un sombrero, con cintillo
de diamantes sujetando
seis blancas gentiles plumas,95
corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
en la diestra lleva en alto
un pequeño rejoncillo
con la cuchilla de a palmo.100
Acompáñanle dos pajes
a pie, de uno y otro lado;
y llevan las rojas capas,
prontas al lance, en la mano;
síguenle sus escuderos105
y un gran tropel de lacayos,
los que por respeto al toro
se van haciendo reacios.

*

Puesto en medio de la plaza
personaje tan bizarro,110
saluda al rey y a la reina
con gentil desembarazo.
Aquél, serio, corresponde;
ésta muestra sobresalto,
mientras el concurso inmenso115

prorrumpe en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Tarsis,
caballero cortesano,
conde de Villamediana,
de Madrid y España encanto¹²⁰
por su esclarecido ingenio,
por su generoso trato,
por su gallarda presencia,
por su discreción y fausto.

Gran favor se le supone,¹²⁵
aunque secreto, en palacio,
pues susurran malas lenguas...
pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
y es poner puertas al campo¹³⁰
querer de los maliciosos
sellar los ojos y labios.

*

Valiente Villamediana,
cortas las riendas y bajo
del rejoncillo el acero,¹³⁵
vase al toro paso a paso.

Éste cabecea, bufa,
la tierra escarba, marrajo,
y espera instante oportuno
en que partir como el rayo.¹⁴⁰

El paje de la derecha
con grande soltura y garbo
a la fiera irrita y llama,
la capa ante ella ondeando.

Embiste, pues; el jinete¹⁴⁵
tuerce el bridón, de soslayo
pasa el toro, el otro paje
con la capa hace un engaño,
y lo revuelve, y de nuevo
lo para. Determinado,¹⁵⁰
le hostiga de frente el conde;
torna a embestir rebramando

el jarameño; parece
que caballero y caballo
van a volar a las nubes,¹⁵⁵
cuando de la fiera intactos,
en primorosas corvetas,
se separan y con saltos.

Un punto el toro vacila
bramido ronco lanzado,¹⁶⁰
y desplómase en la tierra,
haciendo de sangre un lago
con el torrente que brota
por la cerviz, do clavado

medio rejón aparece,165
que el otro medio, en la mano
del noble y valiente conde
va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,
vallas, barreras y andamios,170
formando una riza nube,
ondean pañuelos blancos;

y, «¡Viva!», el pueblo repite,
y los caballeros «¡Bravo!»,
y «¡Qué galán!», las mujeres,175
haciendo lenguas las manos.

La reina, que, sin aliento,
los ojos desencajados
en jinete y toro tuvo,
vuelve ansiosa, respirando;180

«¡Qué bien pica el conde!», dice,
y, «¡Muy bien!», los cortesanos
repite. El rey responde:

«Bien pica, pero muy alto.»

Y en el rostro de la reina185
clavó los ojos un rato.

Éste demudóse, y todos
los señores de palacio,

en quienes opinión propia
fuera un peregrino hallazgo,190
repite, no sabiendo
lo que decían acaso,

y de entrambas majestades
queriendo seguir el rastro:
«Pica muy bien; mas debiera195
haber picado más bajo.»

*

Dos toros más se corrieron,
en que caballeros varios,
con gala y con valentía,
gran destreza demostraron;200

mas es pretender lucirlo
después del conde gallardo,
exceso del amor propio,
cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto mediodía205
las campanas avisaron
de Santa Cruz en la torre.

En su carroza a palacio
retiráronse los reyes,
tras ellos los cortesanos,210

y aquel inmenso gentío,
la plaza desocupando,
se apiñó en arcos y puertas,

haciendo un todo compacto,
que por las primeras calles²¹⁵
rompió, que luego en pedazos
por otras más dividióse,
después en grupos, que al cabo
reducidos a familias,
muy pronto se dispersaron.²²⁰
Tal vez, así se desagua
un artificial pantano,
cuando se abren las compuertas
del malecón, y apretados
torrentes por ellas salen,²²⁵
que luego en arroyos varios
se dividen, y se pierden
finalmente por los campos.

Romance Segundo Las máscaras y cañas

Siguió el festejo a la tarde,
y llenóse la gran plaza²³⁰
con el pueblo y con la Corte,
cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas
que la regia villa paga
para celebrar el nombre²³⁵
del poderoso monarca.

De clarines y timbales
al son que asorda las auras,
y al de orquestas numerosas
que entonan guerrera marcha,²⁴⁰
en orden y a lento paso,
numerosas mascaradas
entran por partes distintas
y al rey y a la reina acatan.

De los reinos diferentes²⁴⁵
que el reino forman de España,
ostenta cada cuadrilla
distintivos y antiguallas,
arbolando un estandarte
con el blasón de sus armas;²⁵⁰
y de su música propia
al compás de las sonatas.

Mézclanse ligeras luego,
formando mímica danza,
en concertado desorden²⁵⁵
de figuras ensayadas,
los cascos y coseletes

de la indómita Cantabria,
de los fieles castellanos
las dobles cueras y calzas;260
 las fulgentes armaduras,
de los infanzones gala,
del ligero valenciano
los zaragüelles y mantas;
 de chistosos andaluces265
los sombrerones y capas,
y las chupas con hombreras
y con caireles de plata;
 los turbantes granadinos,
jubas, albornoces, fajas;270
los terciopelos y sedas
de vestes napolitanas;
 de la Bélgica los sayos
con sus encajes y randas;
los milaneses justillos275
con las chambergas casacas;
 y las esplendentes plumas
teñidas de tintas varias,
con los arcos y las flechas
que el cacique indiano gasta,280
 forman un todo indeciso
que cubre la extensa plaza
de movibles resplandores,
de confusión bigarrada.
 Parece que está cubierta285
con una alfombra persiana,
cuyos matices se mueven
al conjuro de una maga.
 Aquí añafiles moriscos,
allí tamboril y gaita,290
más allá trompas guerreras,
acá sonorasas flautas;
 las antárticas bocinas
en un lado, las guitarras
y crótalos en el otro;295
los caracoles de caza
 forman estruendo confuso
en que ya el acorde falta,
y que, llenando el espacio,
aún más aturde que halaga.300
 Por fin, terminado el baile,
sepáranse las comparsas,
y hacia lados diferentes,
en orden puestas, descansan.
 Y cada una se dirige,305
según la suerte la llama,
a saludar a los reyes

con solemnidad y pausa,
y doblando la rodilla,
ofrecen a su monarca³¹⁰
un rico don de productos
de aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,
el circo desembarazan
a los nobles caballeros³¹⁵
que salen a correr cañas.

*

Por la izquierda y la derecha
a un tiempo entraron, galanas,
dos diferentes cuadrillas
que a unirse en el centro marchan.³²⁰

Compónese cada una,
compitiendo en garbo y gala,
de doce nobles jinetes
que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo³²⁵
de gentileza y de gracia,
es caudillo de la una;
de la otra es Villamediana.

Aquél, en caballo negro,
enjaezado de plata,³³⁰
de terciopelo amarillo
con celestes cuchilladas,
vestido sale: figura
con argentinas escamas
peto y espaldar, y azules³³⁵
lleva plumas y gualdrapa.

Éste, en un caballo blanco,
cuya crin el oro enlaza,
ostenta un rico vestido
de terciopelo escarlata;³⁴⁰
el arnés, de hojuelas de oro
y de rica seda blanca;
con brillantes bordaduras
los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas³⁴⁵
hacia el regio balcón ambas,
al paso, la pista siguen
de los jefes que las mandan;
y el concurso, en gran silencio,
curioso la vista clava³⁵⁰
de los dos gallardos condes
en las brillantes adargas;
pues logrando de discretos
y de enamorados fama,
interesa a todo el mundo³⁵⁵
ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,
de la que el vuelo levanta
el fénix con este mote:
«Me da vida quien me abrasa»³⁶⁰

Un letrado solamente
es la de Villamediana
que dice: «Son mis amores...»,
y luego reales de plata,
puestos cual si fueran letras,³⁶⁵
con que aquel renglón acaba.

La empresa de Orgaz la entienden
todos, y aciertan la llama
que le da vida y le quema.

La del de Villamediana³⁷⁰
despierta más confusiones,
aunque es en verdad bien clara.

Propensión funesta tiene
el joven galán que alcanza
favores de una señora³⁷⁵
a la par hermosa y alta,
de publicarlos al punto
y de sacarlos a plaza;
vanidad de enamorados
que en peligros no repara.³⁸⁰

Muchos el sentido entienden
que las monedas declaran;
mas por miedo disimulan
y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan³⁸⁵
los cascos por descifrarla:
«Son mis amores dinero»,
repiten; pero no cuadra

con el carácter del conde
esta explicación villana.³⁹⁰
«Mis amores efectivos
son», dicen otros. ¡Bobada!

Velasquillo el contrahecho,
enano y bufón que alcanza,
no sin despertar envidia,³⁹⁵
gran favor con el monarca,
a disgusto de los grandes,
en el balcón regio estaba,
malicias diciendo y chistes,
con insolencia y con gracia.⁴⁰⁰

Y, o por faltarle su astucia
entonces, o porque trata
de vengarse del desprecio
con que la reina le acaba,
o porque ve de mal ojo⁴⁰⁵
al noble Villamediana,

o por gusto de hacer daño,
que es de tales bichos ansia,
dijo: «Ta, ta; ya comprendo
lo que dice aquella adarga:410
Son mis amores reales»,
y soltó la carcajada.

Trémulo el rey y amarillo,
y conteniendo la saña:
«Pues yo se los haré cuartos»,415
respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la reina, y quedóse
inmóvil como una estatua,
pálida como la muerte,
hecha pedazos el alma.420

*

Las cuadrillas empuñando,
en vez de robustas lanzas,
de cintas y oro vestidas
leves quebradizas cañas,
se embistieron... Imposible425
es ya que encuentre palabras
con que describir la fiesta:
mi atención la reina embarga.

¡Pobre señora! Tampoco
merece versos y fama430
tal diversión, ya reflejo
débil, copia degradada
de las justas que ha dos siglos
los caballeros usaban
con gloria; que nunca gloria435
en donde hay peligro falta,
y en que las picas de guerra
dobles petos abollaban;
no los juncos inocentes
sedas, brocados y holandas.440

Romance Tercero
El sarao

Mientras que la monarquía
se desmorona, y el borde
toca de una sima horrenda,
duermen en pueriles goces,
entre placeres se aturden,445
deleites sólo conocen,
sin cuidarse del peligro
el rey de España y sus nobles.
Así una casa se quema,

así desdichas atroces⁴⁵⁰
sobre una infeliz familia
el ciego Destino pone;
y en tanto el imbécil ríe,
duerme el embriagado joven,
y el niño con sus juguetes⁴⁵⁵
es el más feliz del orbe.

Si alegre fue todo el día
con públicas diversiones,
con saraos y luminarias
no lo fue menos la noche:⁴⁶⁰
el pueblo las anchas calles
en gozosas turbas corre,
para ver iluminadas
las casas de los señores.

En las plazas principales⁴⁶⁵
suenan músicas acordes,
y farsas se representan
del rey celebrando el nombre.

*

Del palacio del Retiro
llenos están los salones⁴⁷⁰
de todo el fausto y la gala
que son honra de la Corte.

En los soberbios jardines
brillan vasos de colores,
que en el estanque reflejan⁴⁷⁵
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio
las densas tinieblas rompe
y rastros de luz envía
a las celestes regiones;⁴⁸⁰
de los rayos que le lanzan
los nublados tronadores,
dijérase que en la tierra
se estaban vengando entonces.

Varias encendidas ruedas,⁴⁸⁵
girando luego veloces
en atmósfera de chispas,
parecen mágicos soles;
mas pronto en huecos tronidos
de humo blanco, alzando un monte,⁴⁹⁰
se disipa, y desaparece
aquel gigantón enorme
de luz, que ofuscó los astros
y que deslumbró a la Corte,
como trasunto o emblema⁴⁹⁵
del orgullo de los hombres.

*

En el salón de los reinos,

donde el trono de dos orbes
de oro y terciopelo estriba
en colosales leones,500

el rey está con las damas,
la reina con los señores,
y chocolate, y conservas,
y helados pasan en orden,
en mancerinas de oro505
y en bandejas, cuyos bordes
lucientes piedras adornan
en caprichosas labores.

Enseguida se bailaron,
al compás de alegres sonos,510
las folías y chaconas,
y aun zarabandas innobles.

De cada señora al lado
sitio un caballero escoge,
y en un cojín para hablarle515
la rodilla izquierda pone.

Allí, en animados grupos,
lo más rico y lo más noble
de Madrid y España asiste,
y extranjeros de alto porte.520

Estaban, pues... ¿De qué sirve
que el tiempo perdamos nombres
ya olvidados repitiendo,
y que alcanzaron entonces

boga por riqueza y sangre,525
mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
de amigos nuestros, de hombres
que aun los vemos y tratamos,
aunque ha dos siglos que esconde530
sus cenizas el sepulcro,
sima que todo lo sorbe.

*

En un lado de la sala
estaba el famoso Lope,
el Fénix de los ingenios,535
con el cabello y bigote
blancos como pura nieve;
y al través se reconoce
de sus clericales ropas
que fue guerrero de joven.540

La insignia adorna su pecho
de la hospitalaria Orden,
y el fuego brilla en sus ojos
que hace a los mortales dioses.

Con él habla un caballero,545
cabeza gorda, deformes

los pies, de negro azabache
melena y barba, mas noble
aspecto; diciendo chistes
está, y resuenan conformes⁵⁵⁰
carcajadas y aun aplausos,
en cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,
a quien un clérigo torpe
ya por la edad, ceceando⁵⁵⁵
y con malicias responde.

Ser él tal pronto se advierte
don Luis Góngora y Argote,
del nuevo estilo de moda
inventor, columna y norte.⁵⁶⁰

El padre Paravicino,
que de sabio alto renombre
goza, y a Madrid encanta
por sus peinados sermones,
también es del corro; y luego⁵⁶⁵
en él ufano ingirióse,
aún tan niño que en sus labios
ni bozo se ve que asome,

don Esteban de Villegas,
español Anacreonte,⁵⁷⁰
en versos cortos divino,
insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,
de Villamediana el conde,
que ha danzado con la reina,⁵⁷⁵
alargó la mano a Lope,

y como ingenio de marca
entre los otros mostróse.

Acaba de publicarse
su poema de Faetonte,⁵⁸⁰

en aquel tiempo un prodigio,
que hoy tiene apenas lectores;
obra de perverso gusto
y de hinchados clausulones.

Góngora, que, envanecido,⁵⁸⁵
un adepto de alto nombre
ve en tan claro personaje,
sus encomios prodigóle.

Y todos lo celebraban,
aunque yo decir no osee⁵⁹⁰
si sus versos aplaudían
o su favor en la Corte.

Don Francisco Manuel Melo,
en quien se juntan los dotes
de historiador y poeta⁵⁹⁵
con los bélicos blasones,

allí está, aunque taciturno;
sin duda, abriga temores
de que el duque de Braganza
su osado intento no logre.600

El gran don Diego Velázquez,
de pinceles españoles
gloria, también conversaba
con tan famosos autores;
pero lo que dicen ellos605
parece que apenas oye,
porque de Rubens los cuadros
con gran encanto recorre;
y en aquel retrato ecuestre
del emperador, en donde610
apuró Ticiano el arte,
los ojos árabes pone.

*

También el rey un momento
afable al corro acercóse,
hablando de una comedia615
que salió al público entonces,
y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque, por cierto,
era un disparate enorme,620
todos dieron mil elogios
y de portento renombre,
pues que es obra del rey mismo
no hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala,625
saludos y adulaciones
recibiendo del concurso,
con aire altanero y noble,
el conde-duque; se llegan
los grandes y embajadores630
para hablarle; el rey Felipe
con gran cariño le acoge;
y con él, y con el nuncio
y un milanés enredóse
en importante coloquio,635
que su atención regia absorbe.

*

La reina, que en gallardía
a todas se sobrepone,
y cuyos hermosos ojos,
brillantes como dos soles,640
en Villamediana tuvo
clavados toda la noche,
viendo al rey y al favorito
con aquellos dos señores

extranjeros en consulta,645
que ha de ser larga supone
la conversación, notando
que hay vivas contestaciones.

Más atenta al conde mira,
le hace una seña, y, veloce,650
aunque con gran disimulo,
de la sala retiróse,

de una danza numerosa
que empezó la gente joven
a enredar, aprovechando655
la confusión y el desorden.

Conoció al punto la seña
el favorecido conde,
que amantes favorecidos
la más pequeña conocen.660

Pero no son ellos solos;
también, ¡ay!, de ellas se imponen
los celosos...; el monarca
la señal fatal recoge.

A salir Villamediana665
siguiendo su amado norte,
iba por distinto lado
del salón, cuando turbóle
el ver al rey furibundo,
que con miradas atroces,670
ojos cual los de un fantasma,
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,
ni a dar un paso atrevióse,
y trabó, disimulando,675
un altercado con Lope.

Romance Cuarto Final

En aquella galería,
adornada de arabescos
y follajes primorosos,
con oro y esmaltes hechos,680
y cuya baranda rica
daba hacia el jardín pequeño,
en que el caballo de bronce
estuvo por largo tiempo,
sin más luz que la que esparce685
la luna en mitad del cielo,
esperando a alguien la reina,
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
y de la orquesta el estruendo,690
que los salones ocupa,
oye resonar de lejos;

y, aunque sabe que notada
ha de ser su ausencia presto,
por dar al conde un aviso695
atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga
con mortal desasosiego,
y en el barandal dorado
palpitante apoya el pecho.700

Mira al ecuestre coloso,
inmóvil, oscuro, enhiesto,
entre laureles y murtas,
y tiembla, ¡infelice!, al verlo.

Alza a la pálida luna705
los ojos de llanto llenos,
y se extravía su mente
por precipicios horrendos.

*

Sin rumor y de puntillas,
como fantasma o espectro,710
en el corredor entróse
la parte oscura siguiendo,

un hombre embozado; llega
por detrás, en gran silencio,
a la reina, que, de espaldas715
estando, no pudo verlo,

y le tapa el noble rostro
con dos manos como hielo;
pero delicadas manos
que agita un temblor ligero.720

¿Quién pudiera aproximarse
a dama de tal respeto
sino el amante dichoso
con tal inocente juego?

Así lo pensó ella misma,725
pues, aunque al primer momento
de sorpresa lanzó un grito,
pronto sobre sí volviendo:

«Déjame, conde -prorrumpo
con dulces lánguidos ecos-;730
no es esta ocasión de burlas,
pues es de infortunios tiempo.

»Déjame y escucha, conde.»
Libre la dejan en esto
las manos que la cegaban,735
y se encuentra sola, ¡cielos!,
con su marido, que arroja

por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
mas tienen el privilegio⁷⁴⁰
 las hembras del disimulo,
y en los críticos encuentros
mucha mayor agudeza
que el hombre de más ingenio.
 Al oír el que el rey pregunta⁷⁴⁵
con voz como voz de infierno,
«¿Yo conde?... ¿Yo?» En si tornando
la reina, responde presto:
 «Sí, señor; de Barcelona...
Y se complace mi pecho⁷⁵⁰
con tal título, afirmado
con vuestro poder y esfuerzo,
 »después que habéis reprimido
la rebelión de aquel pueblo».
Quedó pasmado el monarca.
«Discreta sois por extremo,⁷⁵⁵
 -repuso, y tras pausa leve-:
Mas ¿qué infortunios tenemos?»
Ya alentada la señora,
pues siempre el paso primero⁷⁶⁰
 es el trabajoso, dijo:
«No faltan, señor, por cierto;
dígalo Flandes perdida,
y de Nápoles los reinos,
 »donde un ambicioso intenta⁷⁶⁵
arreatarnos el cetro;
o Milán, donde la peste
está tanto estrago haciendo;
 »y Portugal vacilante,
do traidores encubiertos...»⁷⁷⁰
Aquí atajóla Filipo
con voz de lejano trueno:
 «Basta, pues, basta, señora;
sois francesa, bien lo veo;
tenéis interés muy grande⁷⁷⁵
en mi honor y en del del reino.»
 «Veréis que uno y otro al punto
para aquietaros sostengo,
y que lavaré con sangre
la mancha que advierta en ellos.»⁷⁸⁰
 Calló, y una atroz mirada
con el rostro descompuesto,
que pareció más terrible
de la luna a los reflejos,
 clavó en la reina; mirada⁷⁸⁵
que destrozó aguda el seno
de la infeliz, pues temblando,

cayó sin sentido al suelo.

*

Como sin rumor ninguno
vuela o se deshace un sueño⁷⁹⁰
desapareció el monarca;
fue a su cámara en silencio,
tocó un silbato de oro,
que tuvo mágico efecto,
pues salió de los tapices,⁷⁹⁵
al silbido obedeciendo,
por una encubierta entrada,
un humilde balletero,
cual espíritu maligno
que al conjuro está sujeto.⁸⁰⁰

Era el favorito oculto
del rey; ambos un momento
hablaron con tal sigilo,
que el labio apenas movieron.

Sólo al irse el confidente⁸⁰⁵
se oyó decir al rey esto:
«Asegura bien el golpe,
y si has de vivir, secreto.»

*

Al sarao y a los salones
tornó Filipo muy presto;⁸¹⁰
aunque pálido el semblante,
tranquilo y tal vez risueño,
volvió a hablar al conde-duque,
el cual, como astuto y diestro,
que su señor encubría⁸¹⁵
conoció cuidados nuevos;

al cabo de corto rato
anuncióse que en su lecho
la reina indispuesta estaba,
y se dio fin al festejo.⁸²⁰

Sucedió al bullicio alegre,
al son de los instrumentos
y a la confusión festiva
el más profundo silencio.

Los cortesanos al punto⁸²⁵
las actitudes y gestos
dejaron de la alegría,
y tomaron los del duelo;
y a vaciarse los salones
comenzaron del inmenso⁸³⁰
concurso, que los llenaba
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana, confuso,
de inquietud funesta lleno,
al retirarse saluda⁸³⁵

al monarca con respeto,
y éste con una sonrisa
lo deja aterrado y yerto,
mientras afable despide
a los otros palaciegos.840

*

De la desdichada reina
la favorita corriendo
sale por las antesalas,
busca al conde sin aliento,
penetra la muchedumbre,845
le hace señas desde lejos;
al fin le alcanza, va a hablarle,
un papel lleva encubierto;
cuando se para y se hiela,
al rey de repente viendo;850
tal queda liebre cobarde
de la serpiente el aspecto.

El gran tropel que desciende
las escaleras, violento
arrastra a Villamediana,855
que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...;
en la de Orgaz toma puesto,
y ambos condes por las calles
(que aún no estaban cual las vemos,860
alumbradas con faroles)
veloces van y en silencio.

Grita en una encrucijada
una voz «¡Conde!» El cochero
para al punto los caballos;865
pregunta Orgaz desde dentro:
«A cuál de los dos?» De fuera:
«Villamediana», dijeron.

Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero
de la reina quien lo llama,870
sacó la cabeza y pecho;
y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que a la espalda875
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto.
París, 1833.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

